

Mariano Picón-Salas

## Postguerra e Internacionalismo

El ensayo que va a continuación es la transcripción de un discurso pronunciado en el Spanish Club de Bridgeport, Connecticut en un forum en que se discutieron los problemas de Democracia y relaciones interamericanas en el mundo de post-guerra.



Por algún aspecto puede definirse la época que estamos viviendo y sobre todo la que vamos a vivir, es por la universalización y carácter intrínsecamente popular que está tomando la política, aquello que con palabra desdeñosa y con actitud de soberbia intelectual, llamara hace diez años el escritor español don José Ortega y Gasset «la rebelión de las masas». Se ha tornado la Política función tan absorbente y compleja que ya no puede confiarse tan sólo a los estadistas profesionales, a aquellos elegantes señores que hace un siglo, por ejemplo, porque pertenecían a la aristocracia inglesa y habían sido educados en los mejores colegios de Inglaterra, iban al parlamento con la misma seguridad con que cabalgaban, seguidos de sus jaurías por los cotos

de caza. Nunca como en este momento la Política trata de expresar los más vitales intereses del hombre, aquel anhelo milenario de justicia, y como habría dicho vuestro gran Jefferson, de persecución de la felicidad colectiva. En los 160 años de historia que ya nos separan de Jefferson—y quiero nombrar a este gran norteamericano no sólo porque hablo a un auditorio de los Estados Unidos, sino porque aquel estadista intuyó como pocos el signo integralmente democrático que comenzaba en aquellos días—el mundo ha dado un vuelco tan enorme que ya es preciso revisar los conceptos y sistemas que hasta ahora sirvieron para la convivencia de los Estados. Jefferson era ya a fines del siglo XVIII el anti-Maquiavelo, es decir el intérprete de una política más universal y popular que el juego astuto y sutil de minorías, o de césares terribles y calculadores, que describiera el famoso pensador del Renacimiento. Entre las cosas que no calculó Maquiavelo y que naturalmente no eran previsibles en el marco de los refinados pero pequeñísimos Estados italianos para los que él escribía, estaba el creciente despertar de las masas que iniciaron su entrada clamorosa en la Historia moderna, a partir de la Revolución Francesa. Aunque reacciones y contra-revoluciones se hayan opuesto a la inmensa causa popular que brotó entonces, y aunque haya sido preciso incorporar nuevos derechos al cuadro ya clásico de los «Derechos del hombre y del ciudadano», el fenómeno esencial del período histórico que surgió en 1789 y que

todavía estamos ampliando y mejorando, fué la ruptura de los viejos estamentos aristocráticos para que cupiesen más directamente en la política, las exigencias de los pueblos. No fué un hecho casual que con la Revolución Francesa comenzaran a disolverse los privilegios de casta y de sangre; que los antiguos y reducidos ejércitos de la época absolutista se trocasen en ejércitos populares y que en los mismos días en que finalizaban las guerras napoleónicas, aparecieran en Inglaterra las primeras uniones de obreros. Democracia política y democracia obrera que a veces combatieron sin entenderse bien, como en las barricadas de París en 1848, ahora tienden a identificarse; y no es la negación—como decían los teóricos del fascismo—sino la ampliación de los postulados revolucionarios con que nació la época, lo que va envuelto en la guerra y el universal clamor de estos días. Al sustantivo «Democracia» se le agrega un adjetivo que la califique: social, económica...

Aun en una esfera que hasta hace pocos lustros permaneció muy cerrada al auténtico contacto del pueblo, como la política exterior, penetra hoy esa voluntad democrática. La política internacional que cada vez se compenetra más con la política interna, también nos impone ahora una posición clara y no deja margen para aquello que en el lenguaje de los Estados Unidos se llamó antes de la guerra el «aislacionismo». Remotas provincias del antiguo mundo capitalista como los países sudamericanos, se verán obligadas a una vida inter-

nacional más despierta y activa. Aquel pequeño burócrata aldeano, ducho en intrigas pueblerinas, que creía que su aldea era el centro del Universo y que empujado por las ondas de una mansa mediocridad, por el puro valor defensivo de la inercia, ascendió en nuestros países a las altas posiciones del Estado, ya no nos ha de servir para esa política de estilo universal y de creciente proyección humana, que emerge del fondo de nuestro tiempo.

Con el inusitado desarrollo de las comunicaciones y medios de transporte, con el doble empuje de concentración y expansión del gran capitalismo industrial y financiero, lo que ocurre hoy en el más distante sitio del planeta no puede sernos indiferente y la interdependencia de lo interior y lo exterior es fenómeno que seguirá condicionando la marcha de los pueblos. En el siglo pasado, en Viena y en Berlín, los Talleyrand y los Metternich de la vieja Europa, podían reunirse en cámara secreta a rehacer el mapa del mundo, a pactar alianzas o firmar tratados públicos sin que a las masas de sus respectivos países llegara otro rumor de todo ello que el de las fiestas brillantes o el desfile de los uniformes. ¿Sabía exactamente el francés medio de la época de Luis Felipe qué cosa era la Argelia o el Tonkin o treinta años después, qué significaba la guerra de Crimea? En un momento de la Historia internacional de entonces, dejaban de tronar los cañones para sustituirlos con la música bailable o las paradojas ingeniosas de los viejos diplomáticos que se reunían a

festejar los tratados de paz. El pueblo era entonces un crecido número de mascarada, el pueblo moldeado y dirigido según la mejor teoría maquiavélica, al que en los días de triunfo se calmaba con vino y pasteles, con las migajas del festín cortesano. En esos días excepcionales, la muchedumbre crédula e infantil podía traspasar bajo la mirada de los guardias o los alabarderos, la verja del jardín del príncipe. Dentro de la sensibilidad colectiva de hoy, sabemos que no puede repetirse un Congreso de Viena o un Congreso de Berlín, ni siquiera una segunda reunión en la galería de los Espejos como la que finalizó la primera conflagración mundial, porque en el último cuarto de siglo han ocurrido en la vida contemporánea ciertos hechos irreversibles: la lucha contra el fascismo que ha comprometido no sólo a los Estados Mayores de los ejércitos y al equipo administrativo de los grandes Estados sino a las masas de pueblos oprimidos que cuando fracasa, como en Francia o en Yugoslavia, el viejo aparato estatal se van a la guerrilla o la montonera; la más despierta conciencia política de las masas, la necesidad de las naciones de someter la anarquía económica a una nueva forma de control social. Por eso en esta hora, el pueblo, aquel «hombre común» de que habla con tanta justeza el Vicepresidente Wallace, es mucho más que un mudo testigo; es el actor y fiscalizador de los acontecimientos que aun nos esperan. Al problema del mundo se subordina hoy, terriblemente, todo problema local; y no podría mantenerse, por ejemplo, la demo-

cracia en una órbita cerrada, de ninguna Arcadia feliz, si afuera estuviesen imponiéndose las fuerzas del imperialismo agresivo.

Porque la barbarie totalitaria, «la vuelta a Gengis Khan» con que soñaron los teóricos nazis, quebrantó profundamente el sistema de relaciones jurídicas y morales entre los pueblos, la guerra contra el nacismo no termina en los campos de batalla ni en las conferencias de los expertos militares y financieros, sino en el urgente restablecimiento de una moral y derecho colectivo que reemplace la época imperialista por una era de cooperación mundial. Así como dentro de cada país se trata de disminuir, progresivamente, el desnivel económico de las clases y de darle a la riqueza privada una función social, que en los Estados Unidos de estos días se ha expresado en el auge de la tributación directa, así tampoco será posible mantener en las relaciones internacionales del futuro, aquel contraste irritante entre países supercapitalistas y superindustrializados, y países débiles que servían a los primeros de colonias económicas y pasivos proveedores de materias primas.

Regiones del mundo que hasta ahora pesaron poco en la Economía mundial tienen apremio de crear su vida propia, de desarrollar industrias vitales, de mejorar las formas de subsistencia y cultura de sus atrasadas muchedumbres. Si ello no se lograra, si las formas ya superadas del Imperialismo militar y de la absorción económica de los países débiles quisiera restablecerse,

contemplaríamos, precisamente, aquella oleada de incessantes revueltas sociales que—según la turbia y un tanto resentida profecía de Oswald Spengler—deberían despedazar, para sumirnos en otra noche milenaria, los últimos vestigios de una brillante civilización. En el ya unificado cuerpo de la tierra, brotarían cada momento nuevas zonas infecciosas; gérmenes para futuras e inacabables guerras. Esto impone a la política internacional del tiempo que viene, un carácter democrático; señala la necesidad de que más allá del trato cerrado de las Cancillerías se tome en cuenta la voluntad de los pueblos. En la guerra actual los gobiernos (con la única excepción que ustedes conocen) y las masas sudamericanas, pusieron lo mejor de su fe en la causa que ahora defienden los Estados Unidos, no sólo por el ideario democrático que fija su universal validez, sino también porque sabemos que es posible en este Continente aquella política de cooperación e íntegra reciprocidad humana que se frustró en la acongojada Europa de los últimos veinticinco años.

Si del problema universal que no puede evadirse, porque esas estupendas rutas aéreas que ha abierto, por ejemplo, el esfuerzo técnico norteamericano tienden a hacer del mundo una unidad, pasamos a los problemas peculiares de nuestro Continente, habría que decir que la época que viene deberá salvar en América varias contradicciones, todavía insalvables, del sistema capitalista en que hemos vivido. Aun esa bien intencionada política de buena vecindad que ha caracterizado las re-

laciones interamericanas de los últimos años, requiere superar el tremendo desequilibrio económico y social de las dos grandes zonas de nuestro hemisferio. Si se preguntase a qué aspiran los países hispanoamericanos después de la liquidación de la presente guerra y del impostergable programa de un orden mundial más ecuánime, yo diría que aspiran sobre todo a vida mejor, a darle un vigoroso incremento a sus recursos naturales y a levantar el atrasado nivel económico de sus masas. Este vertical contraste entre la riqueza y potencialidad técnica de los Estados Unidos y nuestra crónica pobreza hispanoamericana, no permite darle aún a las relaciones de ambas Américas todo el desarrollo que fuera deseable. Acaso después de la guerra, cuando las inmensas usinas que en este país están dedicadas a la producción bélica se reorganicen como industrias de paz, habrá un sobrante de mercaderías, de nuevos productos que querrán venderse sobre otras naciones. La técnica norteamericana y su formidable audacia constructiva es ya capaz de prever y ponerle oportuno remedio a aquella situación que se produjo después de la primera conflagración mundial, cuando los soldados que volvían del frente no encontraban cómo y dónde trabajar y se había acrecentado la trágica grieta social entre una plutocracia europea super-enriquecida y multitudes famélicas, llenas de angustia y de rencor, que engrosaron, por ejemplo, las primeras huestes de Hitler.

Sabemos que las investigaciones científicas y esa

creciente democratización de los inventos útiles (rasgo peculiar y extraordinario de la cultura norteamericana) nos preparan para los días que vienen más de una sorpresa: que objetos que hoy nos parecen de un confort refinadísimo mañana serán populares, que en las máquinas de transporte, en la vivienda, la alimentación, etc., nos esperan cambios insospechados. Pero todos esos aviones, tractores, automóviles y radios que se ofrecerán con gigantesca plenitud en el mercado mundial, no podremos adquirirlos los hispanoamericanos en la proporción en que ustedes quisieran vendérmolos, si la capacidad consumidora de nuestros países no asciende en grado semejante.

A la solución de un inmenso problema social debe dedicarse la política hispanoamericana de los días que vienen; el destino nos da a la elegir entre una revolución pacífica que utilice los recursos técnicos de este maduro momento de la historia humana, o bien una serie de crisis que prolongarían con más violencia nuestros trastornos y revueltas del siglo XIX. En el escenario social hispanoamericano luchan sin comprenderse ni integrarse las formas más antagónicas; hay el latifundio de producción extensiva, trabajado por mano casi servil que prolonga en pleno siglo XX la estructura del viejo dominio feudal; hay el capitalismo parasitario que prefiere la seguridad de la renta fácil a los azares de la creación económica; hay los millones de seres que, prácticamente, no consumen; hay los

grandes espacios desiertos ansiosos de recibir nuevos hombres.

Si, como no lo dudo, la política interamericana quiere seguir manteniendo las formas de la más honesta comprensión, hay que disminuir ese desequilibrio entre ambas Américas; entre el gran Estado que puede vender y los pequeños y débiles Estados que no pueden comprarle, rasgo de inferioridad que desde el punto de vista de nuestros países del Sur condiciona la tarea más inmediata: la de transformarnos y mejorar con la prisa misma que impone el ritmo de los tiempos.

La vieja diplomacia europea fracasó, porque en medio del mutuo recelo de las potencias, no fué posible, a tiempo, una acción común que paralizase la carrera brutal de las conquistas japonesas en Asia ni la frenética pasión de poder del inhumano Führer alemán. La guerra impuso la rectificación tardía de aquella política de tolerancia culpable. En una reunión como la de Munich parecieron hacer crisis los valores morales y jurídicos que desde el Renacimiento y la moderna creación del Derecho de Gentes, se había esforzado por elaborar la conciencia europea. No es posible el tratado jurídico con los salteadores, a menos que se invierta todo el orden ético del mundo. Mirando aquella experiencia tan trágica, lo que nosotros llamamos el «Interamericanismo» debe ser la superación de esos errores que cometiera Europa. Ningún pueblo—por pequeño que sea—es hoy una herencia realenga que

pueda repartirse en el festín de las grandes naciones. Como factor político decisivo de la Historia que viene, es preciso contar con aquella «voluntad popular» que ha crecido mucho y se identifica ahora con las necesidades de inmensas masas humanas que casi no podrían preverse en el tiempo en que Locke, Montesquieu o Rousseau fundamentaban las primeras teorías en que habría de basarse la Democracia contemporánea. Elegir entre la cooperación o la revolución es el insalvable dilema que se presenta a los organizadores de la paz futura. Tengo fe en este espíritu de América que ya en el pensamiento de Jefferson y Bolívar soñaba en un nuevo mundo en que habrían de conciliarse las injusticias de las viejas civilizaciones. Como entidad histórica América surgió impregnada de aquella mística democrática que a fines del siglo XVIII derribaba los últimos bastiones del régimen feudal. Por eso Jefferson en su documento memorable, no pedía tan sólo a su recién nacido país que fuese fuerte en la guerra y en la industria, sino que incorporase a su Utopía política aquel siempre frustrado sueño de felicidad humana que la Historia estaba invocando, sin cumplirlo nunca, desde que los distantes pensadores griegos opusieron a la esclavitud oriental la primera imagen del hombre libre. Si fortalecemos esos valores morales, sin duda que el «Interamericanismo» será mucho más que tema de discurso o disertación de expertos. Hasta la concreta Economía que debe ordenar la vida material de los pueblos, busca su validez en un motivo ético.

Y a la política circunstancial o de veleidoso oportunismo que desembocó en las dos grandes guerras que ha presenciado ya este siglo, hoy es necesario oponer otra de más definidos principios. La «Carta del Atlántico» es la definición de esa Justicia internacional nueva que requiere, para no ser escamotada por los aprovechadores de otras guerras, la permanente vigilancia e inexorable sanción de los pueblos.